

Charlas clandestinas

El anémico liderazgo de Rajoy consolida la desconfianza entre la dirección y los críticos del PP

GONZALO LÓPEZ ALBA

PÚBLICO, 9.11.08

El Gobierno de Zapatero daba en la primera quincena de septiembre la impresión de deambular aturdido y tambaleante por el cuadrilátero político, incrédulo ante el encadenamiento de guantazos de todas las hechuras que le propinaba la realidad de una crisis económica cuya agresividad resultaba difícil de encajar para quien paseaba el entorchado de campeón del crecimiento europeo. Apenas dos meses después, en otro ejemplo que viene a ilustrar la aceleración mutante como seña de identidad de los nuevos tiempos –tanto en la eclosión como en la caducidad de los acontecimientos–, la que parece grogui es la oposición de Mariano Rajoy.

No hay peor indicador de la salud de un partido político, de manera agravada si está en la oposición, que la radiografía que refleja que su vida interna se desenvuelve en torno a las “charlas clandestinas” de sus integrantes, síntoma irrefutable de la desconfianza entre la dirección y la *masa crítica*. Ese es el hábitat de los miembros del PP y, especialmente, de su grupo parlamentario.

Mientras que el presidente ha salido de las cuerdas ejecutando una pirueta desde la desaceleración suave a la recesión con la natural parsimonia de quien cruza una calle desierta y ha logrado, con paciente tesón, enfundarse el dorsal 21 de la selección mundial, el líder de la oposición ha demostrado no tener “reflejos, ni cintura, ni pegada”. Lo

más preocupante –para el PP– de este diagnóstico de liderazgo anémico es que procede de sus filas y de los círculos económicos que le son más cercanos.

Responsabilidad

El vicepresidente Pedro Solbes parece desbordado por la confirmación de que la economía dista mucho de ser una ciencia exacta, salvo en la explicación de los hechos pretéritos, y el valido Miguel Sebastián está lejos de convencer como recambio. Pero el asombro, siempre que no ciego, es un estado previo indispensable para el hallazgo de nuevas rutas de navegación.

Ahora que el mercado ha dejado de gritar “dejadme solo” para manotear en requerimiento del auxilio de la política, ya no parece una excentricidad aquello que, para escándalo en las propias filas socialistas y con desautorización inmediata de Felipe González, dijo en 1990 Alfonso Guerra: que “ha llegado el momento de pensar en una ley de hierro para los beneficios, al igual que existe para los salarios”; que “es el Estado y no el mercado quien debe asegurar la estabilidad de los precios”; que se deben poner límites a los monopolios informativos para evitar que actúen como canales de “contrabando ideológico”, y que la izquierda tiene la responsabilidad de idear y aplicar políticas concretas que conduzcan a “la equidad social”.

La ciudadanía espera de los políticos, más que nunca, mucho más que la gestión del presente. En tiempos de incertidumbre, como ha subrayado Gordon Brown, el renacido líder del laborismo británico –un caso más de aceleración mutante–, corresponde a los gobiernos ser “la roca de

estabilidad y justicia sobre la que la gente se mantendrá en pie”, pero tienen también los líderes políticos la responsabilidad de ahormar “un nuevo pacto” acorde a “los nuevos tiempos”, que, por el fuerte componente amoral de su gestación, incuban una transformación con potencial de mayor alcance que la que tuvo la revolución industrial del siglo XIX.

Las tesis de los sin tesis

Lo peor es atarse al palo de la vela y esperar a que escampe o, en sentido estricto, a que el Gobierno se estampe. La partitura del PP se ha demostrado caduca y descontextualizadamente aferrada a las teorías neoconservadoras en fuga vergonzosa. Cuando los múltiples problemas de la economía mundial pueden resumirse en “liquidez” y son los poderes públicos los que tienen que cubrir el descrédito de las instituciones privadas, el PP insiste en la receta de reducir los impuestos. Como señaló en la Comisión de Presupuestos del Congreso el avezado socialista Francisco Fernández Marugán: “El PP sigue defendiendo las tesis de los que ya apenas tienen tesis”.

La derecha española ha cambiado de intérpretes, pero no de compositores. Los autores de la letra del PP no han cambiado sustancialmente desde los tiempos de José María Aznar: la Fundación de Análisis y Estudios (FAES), convertida en la isla de Santa Helena del ex presidente y en instrumento para fustigar las *desviaciones* de su sucesor; Cristóbal Montoro, el ideólogo de la política económica que interpretó ante el público Rodrigo Rato, y el *brujo* Pedro Arriola. Además, la nueva camada de dirigentes que ocupan puestos neurálgicos parece más atribulada por pasar el examen con nota que blinde su silla en la próxima

legislatura que por el diseño de una estrategia que pueda llevar a su líder a la Moncloa. Para mayor desorientación, cuando se incorporan nuevas estrofas o melodías, la partitura llega troceada a quienes deben representarla, de forma que el resultado es cacofónico. Así, la carga de la culpa recae sobre aquel que ostenta la batuta.

A falta de alternativas, siempre tiene la oposición el recurso de tirar de *instinto asesino*: volcar todas las energías en tumbar al Gobierno. Pero Rajoy parece perdido en terreno de nadie: ni ofrece una partitura que resulte atractiva para la opinión pública ni demuestra pegada suficiente que contente a sus *grupies*. Tampoco, a juicio de quienes le rodean y observan de cerca, parece haber interiorizado lo que es de general convencimiento: que es un líder de transición. Quizá sea la única forma de soportar la ingrata tarea de pilotar una travesía del desierto.

El poder del rechazo

Si no estuviera en esa travesía, los estudios demoscópicos no hablarían de empate con el PSOE, sino que otorgarían una suculenta ventaja al PP. A más de tres años para el próximo dictamen de las urnas, probablemente el dato más preocupante para sus intereses electorales es que cerca de un 30% de los encuestados por el CIS asegura que nunca votaría al PP –sólo el 10% se atribuye esa actitud ante el PSOE–. En política, el rechazo moviliza más que el atractivo.